

Anclas largas

Tania Estrada Morales



Capítulo 1

Anclas Anchas

Hoy, una tortuga se ha detenido frente a mi barco de un verde tan intenso que parece contener toda la vida que he olvidado. El muelle, mientras tanto, vibra de pies a cabeza, como si compartiera el pulso de un presagio. Todos susurran que la suerte avanza con paso lento, pero dominada por el amor, ese amor que, en mi caso, lleva años atrapado bajo un ancla oxidada. Nadie me ha llamado. Lo entiendo. He pasado demasiado tiempo en otras dimensiones...

No he visto a la tortuga entrar, pero se ha colado por la ventana abierta y ha decidido caerse en mi regazo. Todo se ha transformado de pronto. El barco, lentamente, se desliza hacia mar abierto, y el aire fresco, en forma de remolino, despeja las telarañas de mi alma. Es un aire que trae consigo ecos de viejas sensaciones, recuerdos que creía olvidados pero que regresan ahora, como viejos amigos reencontrados después de una larga ausencia.

En la proa, peces brillantes saltan y juegan. No sé de dónde han venido ni por qué, pero sus movimientos me parecen un diálogo silencioso, un recordatorio de que la vida sigue latiendo incluso cuando uno ha dejado de escucharla.

Eso es lo que tiene el mar. Su vastedad, su misterio, su indomable fuerza. Todo lo que aparece ante los ojos, los peces, las olas, los pájaros que sobrevuelan buscando su próximo destino, parecen tener un propósito. Todo se siente como una respuesta, como si el viento y los elementos fueran mensajeros que arrastran lo que fuimos al presente, dándonos una segunda oportunidad para recomponer los pedazos.

Hoy, lo sé: tenemos lo suficiente.

Y no hay nada, absolutamente nada, de malo en estar perdido. A veces, es en la deriva donde uno descubre la verdadera dirección.

Eso es lo bueno de manejar en alta mar, todas las visiones son respuestas que vienen del pasado y las traemos al presente con la ayuda del viento, de los pescadores, y de los pájaros.

Por Tania Estrada